CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

CAPITULO IV

El alma y la vida futura

Por su ley insensata del 18 floreal año II, y bajo el nombre usurpado del pueblo francés, Robespierre, como discípulo ciego del *Contrato Social*, decretó «la existencia de Dios y la inmortalidad del alma» (63). Hemos encontrado poderosos auxiliares para discutir el primero de esos dogmas; para discutir el segundo los encontraremos no menos poderosos.

En efecto, todo filósofo que no acepta á Dios, no acepta tampoco el alma (64); pero ¡cuántos deístas la rechazan también! Voltaire entre otros. Con todo y admitir «el obrero de la obra»,—lo que Goethe llama en burla «el Dios relojero»,—rechaza primero la Providencia, lo que Epicuro

(63) Fundábase en su dictamen en ese extraño axioma digno de ser invocado por quienes contrajeron el pacto de alianza entre el trono y el altar: «A los ojos del legislador, todo lo que es útil al mundo y bueno en la práctica, es la verdad».

(64) Buda no admite el alma humana como tampoco admite Dios». (Barthelemy Saint-Hilaire).

había llamado «la vieja echadora de la buenaventura» (*anus fatídica*); por consiguiente, rechaza también al alma, como substancia inmaterial, distinta del cuerpo, al cual precede y sobrevive. Para Voltaire el alma, como la vida, no es una unidad, sino un todo; es el conjunto de las funciones del ser animado, lo que Aristóxenes llamaba «la armonía de los elementos de que se compone el cuerpo», lo que el cristiano Arnobio llama «el fermento de la vida», lo que Leibnitz llamaría «la sinergia de las monadas». Es la resultante del organismo humano, como Dios es la resultante de las leyes generales del universo. Voltaire sólo ve el alma en el cuerpo, como según Bruno y Spinoza, en el mundo hubiera podido ver á Dios, que sería el alma universal del cuerpo universal. *¿Quid est Deus? Mens universi* (Séneca). (65). «Si se admite, dice en sustancia, siguiendo al sensato Locke y precediendo al sabio Priestley, que Dios ha podido dar á cierta porción de la materia viva, arreglada de cierto modo, y que se llame la oreja ó el ojo, el don del oído y de la vista, ¿por qué no admitir que ha podido dar á otra parte del organismo, llamada el cerebro, el don del pensamiento?»—«Decir que Dios no puede

(65) Varron había dado la misma definición: «Un alma que gobierna el mundo por el movimiento y la inteligencia».—En las leyes de Manú, Brahama es llamado *Paramatma* «la gran alma.»

hacer á la materia pensante, es decir la cosa más insolentemente absurda que jamás se haya osado proferir en las escuelas privilegiadas de la demencia.» (*Dicc. fil.*, art. *Alma*). «¿No es la vegetación una palabra de que se sirve para significar la manera inexplicable con que el Ser supremo ha querido que la planta absorbiera los jugos de la tierra? El alma es una palabra inventada para expresar menguada y obscuramente los resortes de nuestra vida.» (*Diálogo de Cu-su y Ku.*) (66). Aquí triunfa Voltaire, lo mismo que cuando añade: «Si el alma fuera un ser aparte, el pensamiento sería no solamente su ación, sino su esencia; pensaría siempre, lo cual no ocurre. ¿Pensaría el hombre en un sueño profundo, un letargo, un desvanecimiento?»—«Tengo la desgracia, había dicho Locke, de no concebir que sea más necesario al alma pensar siempre que al cuerpo estar siempre en movimiento.» Voltaire, en fin, triunfa aún, cuando dice: «Todas esas almas inmateriales é inmortales, dadas á las multitudes de generaciones humanas, desde la creación (debió decir á las muchedumbres de seres animados que pueblan todos los mundos en el infinito

(66) ¿No pueden poseer nuestros órganos por sí mismos las mismas cualidades que les son propias? ¿No tienen la *fuerza* que posee toda *materia?* Así, la gravitación sin su materia, ¿no es inherente á toda materia?

del espacio y del tiempo), ¿de dónde proceden? ¿De qué depósito inagotable las sacó Dios? ¿Y á qué otro universo, fuera del espacio y del tiempo, hará pasar, después de la corta peregrinación de la vida, esos «fantasmas de los muertos», como los llama Horacio? ¿Han sido formadas todas á la vez para descender cada una cuando les toca el turno? ¿ó cada una se ha formado cuando le ha llegado la hora? ¿Y cuándo esas almas, venidas no se sabe de dónde, que van no se sabe adónde, se juntan á los cuerpos que deben animar y conducir? ¿Es en el instante preciso de la concepción? Si es así, el Todopoderoso se convertiría en humilde servidor de las pasiones y de los caprichos de los hombres; entonces, como dijo Voltaire con su risa llena de sentido, con ese «reir terrible» de que habla Isaías, «su Dios estaría al acecho de todas las citas», en todos los mundos, y en todos los instantes de la eternidad, para lanzar una semilla de alma con una semilla de cuero; y no quiero repetir crudamente en qué inmundo alojamiento habitaría el alma durante los nueve meses de la gestación (67). ¿Es en el momento del nacimiento? ¡Pero si el niño tenía ya vida fetal! Hubiera podido morir, ya vivo, en el seno de su madre. El alma que adquiere con la

(67) «¡El alma inmortal tiene, pues, su cuna entre dos cloacas! etc.»

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

vida respiratoria, es la respiración, es el soplo, ese *soplo de vida* que Dios, según el Génesis, *infundió en las narices del hombre*, ese *soplo de vida* que invoca Ezequiel, por orden de Jehová, para la resurrección de un pueblo muerto (68); es el *pneuma* de los griegos, que se convierte en *psuke*, sensación, y después en *nous*, inteligencia; el *spiritus* de los latinos, que se convierte en *anima* y *mens* (69). Y, en este caso, ¿entraría el alma en el cuerpo con el primer soplo de aire? ¿Cuándo entonces?

Santo Tomás, el de la *Summa*, afirma que el alma recibe su ser en el cuerpo, pero se guarda muy bien de decir en qué momento de la vida corporal; y cuando añade que el alma es vegetativa, sensitiva é intelectiva; que está toda en todo el cuerpo y en cada una de sus partes; que es la causa eficiente y formal del cuerpo; que no es un cuerpo, sino la *actualidad* del cuerpo, etc.; cuando el místico San Francisco de Sales escribe á su vez: «nuestra alma reside toda en todo su cuerpo y en cada una de las partes de su cuerpo, como Dios está todo en todo el mundo y todo en

(68) «... Me dijo: Profeta, grita, y llama al soplo de la vida y di: Soplo de vida, ven á los cuatro vientos, y sopla en los muertos para que vuelvan. Y grité, y el soplo de la vida fué á ellos, y revivieron». (Ezequiel, cap. XXXVII, v. 1 á 12).

(69) En la teología del antiguo Egipto, el cuerpo *(Khath)*, envuelve al espíritu ó soplo *(Niwou)*, que envuelve el alma *(ba)*, y ésta á su vez la inteligencia *(Khu)*.

U.A.N.L.

cada parte del mundo»; ¿qué pueden enseñarnos con esas palabras hueras en las cuales lo contradictorio se mezcla con lo incomprensible?

Y si se pregunta, sin obtener respuesta: ¿en qué preciso momento de su vida mortal recibe el hombre el alma inmortal que debe animar su cuerpo? no puede preguntarse también, sin mayor esperanza de respuesta: ¿en qué época de la vida general de la humanidad ha recibido el don de la inmortalidad? Supongo que todo el mundo admite que antes de la edad del hierro, en que acaba la época prehistórica, el hombre había atravesado, remontando el curso de los siglos, la edad del bronce, la edad del hueso y del marfil, la edad de la piedra pulimentada, la de la piedra bruta, la edad, en fin, de la madera, aquella en que los hombres primitivos no tenían otras armas, para el ataque y la defensa, que las ramas que arrancaban de los árboles. Es un estado en que se encontraba no ha mucho una raza desaparecida, la de los *mallados* de la Guyana, y en que se encuentran todavía algunos *dokos* de Abisinia. Es también el estado de los grandes monos antropomorfos, el gorila, el orang, el chimpancé. ¿Atribuyen también los teólogos un alma á los hombres primitivos de la edad de la madera? ¿Cómo, pues, la rehusan á sus iguales, el chimpancé, el gorila y el orang de los tiempos

actuales? Ante ese conflicto, pregunto: ¿en qué época se dió el alma á la humanidad? ¿Cuando los hombres vivían colgados en los árboles, cuando se ocultaban en las cavernas, cuando se hicieron chozas, ó cuando edificaron ciudades? ¿Fué en la edad de la madera, ó en la de la piedra bruta, ó de la pulimentada, ó del hueso y del marfil, ó del bronce, ó del hierro? Repitamos una vez más: ¿cuándo fué, pues?

Para salir de este callejón, un célebre teólogo inglés, Enrique Dandwel, publicó en 1706 un *Discurso preliminar* «para demostrar, por medio de las Escrituras y los Padres (que cita con profusión) que el alma es un principio naturalmente mortal, pero hecho inmortal por la voluntad de Dios, que castiga y recompensa, y por su unión con el divino espíritu bautismal; y que, desde los apóstoles, nadie, exceptuando los obispos, tiene poder para dar el espíritu humano que inmortaliza». De esta suerte, como observa respecto del particular Mr. Renouvier, la inmortalidad sería infundida milagrosamente por el bautismo cristiano y únicamente los obispos tendrían el privilegio de hacer inmortales. Realmente podría decirse de la escolástica lo que los griegos decían de la dialéctica de Crisipo el estoico: que se parece á los camarones que tienen más por desperdiciar que por comer.

Y si el hombre tiene un alma, ¿por qué no han de tenerla el mono, el perro, el elefante, el papagayo y, de grado en grado, todos los animales, hasta la ostra y el coral? Descartes, que coloca el alma inmaterial en la glándula pineal, dice que no; pero Montaigne, La Fontaine, Bayle, Condillac, Helvetius y Mme. de Sévigné dicen que sí y con ellos la antigüedad entera y todo el mundo sabio de nuestros días (70).

Efectivamente, los animales tienen, lo mismo que el hombre, todos los órganos de la sensación y del sentimiento; tienen una voluntad, deseos, memoria, ideas, combinaciones de ideas y hasta la facultad de ciertos actos morales. ¿Qué otro nombre dar, en efecto, á la fidelidad de un perro hacia su amo, la solicitud y celo de una gallina ó una perdiz por sus pequeñuelos? «Las bestias, dice Montaigne, que sirven, aman y defienden á sus bienhechores y que persiguen y ultrajan á los extraños... representan en esto algo de nuestra justicia; como también conservando una igualdad muy equitativa en la distribución de sus bienes á sus pequeñuelos. En cuanto á la amistad, la tienen más viva y más constante que

(70) «¿Pretendéis con Descartes, que es una pura máquina imitativa? En tal caso los chicuelos se burlarán de vosotros y los filósofos os replicarán que, si es una máquina, vosotros sois otra». (Diderot).

los hombres.» El doctor Clavel hace observar, con razón, que en la domesticidad íntima, el perro comienza á adquirir una especie de conciencia, que nace de la vida de familia, y á revelarla en su fidelidad en la guarda de los objetos comunes. «El perro, dice Renán, llega casi hasta la virtud.» (71).

Podríamos además apoyarnos en una razón moral para pretender que los animales tienen derecho á la inmortalidad. En el estado de natura, unos, en continuo temor á la muerte, son devorados por otros; en el estado doméstico, los vemos á nuestro alrededor, como los perros y los caballos, llevando una vida miserable y sufriendo tratos indignos. Los hombres han hecho también leyes para la protección de los animales. ¿No se debe á éstos, como á los hombres, una vida futura para la reparación de los males que han sufrido? ¿La inmortalidad no es también para ellos una condición necesaria de la justicia divina?

Toda la antigüedad desde Pitágoras á Galeno, comprendiendo á Salomón en el *Eclesiástico*,

(71) En estado salvaje, los perros no tienen más que un grito, como los lobos y los zorros; sólo con la domesticidad adquieren el uso de los diversos ladridos, que constituyen un lenguaje rudimentario, y cuyas inflexiones parecen crecer á medida que comprenden más palabras en el lenguaje de sus amos.

admitía que el alma de las bestias es absolutamente parecida á la de los hombres, y que entre todas las especies animales no hay en cuanto á inteligencia y razonamiento, otra diferencia que la del más ó el menos, diferencias de gradación, no de esencia. «Sólo falta á los animales la palabra, había dicho Porfirio, el dulce adversario de los cristianos; pero, si la tuvieran, ¿osaríamos matarlos y comérnoslos? ¿Nos atreveríamos á cometer esos fratricidios?»

Esta opinión de la antigüedad la profesa igualmente Leibnitz, al revés de Descartes que la rechaza.

«Si admitís, dice Pardies, que lo más admirable que acontece en las bestias puede realizarse por medio de un alma material, ¿no estáis en camino de decir que cuanto ocurre en el hombre puede efectuarse también por vía de un alma material?... Si admitís que las bestias, sin ningún alma espiritual son capaces de pensar, de obrar para un fin, de prever lo futuro, de recordar lo pasado, de aprovecharse de la experiencia por la reflexión, ¿por qué no decir que los hombres son capaces de ejercer todas sus funciones sin ninguna alma espiritual?» (*Del conocimiento de las bestias*). «Los animales sienten, dice por su parte Diderot; luego la sensibilidad es en ellos ó una propiedad de la materia ó una cualidad de

una substancia espiritual. Los supersticiosos no se atreven á confesar una cosa ni otra.» (72).

Evidentemente, entre un chimpancé del cual la educación puede hacer un servidor dócil y fiel, obediente á la palabra, y un *doko* de Abisinia, que devora los insectos crudos, las serpientes, los ratones, que vive desnudo, aislado, sin habitación, sin fuego, como un verdadero bruto, haciendo uso de un palo, pero ignorando, como el mono, la manera de enastilar una piedra en ese palo para convertirlo en hacha; evidentemente, digo, hay menos distancia, en la escala de los seres, que entre este *doko* inepto y un europeo civilizado. Y sin embargo, el *doko* es, como el europeo, un hombre. ¿Cómo, pues, separar radicalmente la especie humana de todas las especies animales y más de las antromorfas? ¿Cómo condenar á éstas—con los cartesianos—á ser máquinas con rodajes, relojes, asadores, en tanto el hombre, aún el de las más abyectas familias, está suntuosamente dotado de un alma inmaterial, de un alma inmortal?

---

(72) Véanse las observaciones de Bayle sobre este particular, art. Rorarius, notas D, C, F, etc.—Este Rorarius, legado del papa Clemente VII en Hungría, es autor del singularísimo libro *Quod animalia bruta ratione utantur melius homine* (los animales brutos hacen mejor uso de la razón que los hombres). Es la tesis que había ya sostenido Celsio el filósofo contra Orígenes el teólogo. — Véanse también las *Cartas filosóficas sobre la inteligencia y la perfectibilidad de los animales*, por G. Leroy, la *Inteligencia de los animales* por F. A. Pouchet, y el *Espíritu de las bestias*, por Toussenel.

¿No es esto contrario á toda razón, á toda justicia, á la experiencia de cada uno y de cada día? ¿Y no puede decirse con E. Quinet cuando rechaza el dogma teológico: «Me es odioso probar la evidencia»?

En virtud de este razonamiento, el alma de las bestias ¿sería también inmortal, como admite sin ambages Agassiz, como lo admitieron Daniel Sennert, Scot Erígenes y San Justino mártir, como lo creían los pitagóricos, como lo creen aún los hurones y los groenlandeses? Pero ¿qué se hará del alma de un pólipo que, cortado en dos, tres, cuatro pedazos forma dos, tres cuatro seres diferentes? ¿Y qué remuneración dar á las acciones de la vida de los animales? Diga lo que quiera el Génesis del pacto que Dios hizo con ellos, y aunque Jehová pronuncie castigos contra ellos (*Exodo*, XXI, 28 y sig.; *Levítico*, XX, 15 y 16), los animales, en estado de naturaleza, no tienen conocimiento ninguno del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto; no tienen ningún libre arbitrio; ninguna elección de los motivos que determinan su voluntad; siguen sus inclinaciones naturales como un río sigue su pendiente. «La naturaleza manda y la bestia obedece.» (J.-J. Rousseau). De modo que no merecen castigo ni recompensa.

Es precisamente el estado en que se hallaban

los hombres primitivos, los hombres de la edad de la madera, cuando no existían, ni siquiera en embrión, ni religión, ni propiedad, ni familia. Estaban desprovistos de toda moral, pues la moral, que no es más innata que las ideas, no ha podido nacer, desarrollarse, fundarse, en fin, como no sea en el estado de sociedad. He aquí por qué los mismos teólogos no pueden, con la menor apariencia de certeza, atribuir á los hombres primitivos un alma inmortal, responsable en una segunda vida de las acciones hechas en la primera. Así ocurre respecto de los animales, y como no eran otra cosa que animales, no merecían ni castigo ni recompensa. Puedo, por consiguiente, repetir la pregunta: ¿Cuándo fué, pues, dada á la humanidad la inmortalidad del alma?

¿Y por qué no extender ese don del alma humana hasta los vegetales, como admite el célebre físico Hirn, que les concede con Claudio Bernard, si no inteligencia, al menos sentimiento? Los vegetales, en efecto, no se parecen á los animales y al hombre solamente porque están sujetos á diversas enfermedades, porque tienen una vida que va desde el nacimiento hasta la muerte; tienen además una nutrición, una respiración, una unión entre los dos sexos. ¿Y no podría concedérseles cierta inteligencia, puesto que bus-

can la luz, saben escoger en la tierra el aire y el agua, los jugos nutritivos que convienen á su conservación y á su crecimiento? ¿Por qué no deben tener esta alma que les han atribuído tantos cultos antiguos y nuevos? ¿Por qué no estar las hamadriadas encerradas en la corteza de los árboles sagrados?

De esta suerte se cae en dificultades insolubles, en callejones sin salida, en conceptos sin sentido. «¡Un ser incorpóreo que mueve un cuerpo! ¡un ser intangible que toca mis órganos! ¡un ser simple que aumenta con la edad! ¡un ser incorruptible que perece por grados!» *(Cartas de Memmius á Cicerón.)*

«Si un tulipán pudiera hablar, dice por otra parte Voltaire (art. *Alma*), y te dijera: Mi vegetación y yo somos dos seres, juntos evidentemente en un todo, ¿no te burlarías del tulipán?» «Deseamos, dice también *(Diálogos)*; pero no hay en nosotros un ser real que se llame deseo. Queremos, pero no hay en nuestro corazón la más ínfima persona que se llame voluntad. Imaginamos, sin que haya en nuestro cerebro un ser particular que imagine.»—«El alma, dice aún, es una propiedad dada á nuestros órganos y no una substancia. ¿Ha podido el hombre, con su razón aún no corrompida, imaginar que era doble, que estaba compuesto de dos seres, uno

visible, palpable y mortal, y el otro invisible, impalpable, inmortal? ¿No se han necesitado siglos enteros de discusión para venir al fin al extremo de reunir en un todo dos sustancias tan desemejantes, la tangible y la intangible, la simple y la compuesta, la invulnerable y la que sufre, la eterna y la pasajera?» (Art. *Hombre.)*

¿Cómo queréis que un ser que ha comenzado no pueda acabar? El nacimiento exige imperiosamente la muerte. Luego para que el alma pueda suceder al cuerpo es necesario que le haya precedido. Ahora bien, si fuera verdad que el alma preexistía al cuerpo y que viniendo á animarlo le aportó todas las facultades mentales, comprendida la memoria, ¿cómo no tendría ningún recuerdo de una vida anterior á la vida corporal? Esta cuestión constituye uno de los argumentos favoritos de la escuela de Epicuro:

.....Si in corpus nascentibus insinuatur,
Cur super anteactam ætatem meminisse nequimus
Nec vestigia gestarum verum ulla tenemus?

Antes de citar estos versos de Lucrecio, Montaigne cuida de traducir su sentido, como para darles su sanción personal: «Si las almas hubieran venido como consecuencia natural y hubieran sido otra cosa fuera del cuerpo, tendrían recuerdo de su ser primero, atendidas las faculta-

tades naturales que les son propias, de razonar y de acordarse.»

«Si el alma, ha dicho por su parte el barón de Holbach, hace mover mi brazo cuando nada se opone á ello, no lo hará mover si en él se carga un peso bastante pesado. He aquí, pues, una masa de materia que aniquila la impulsión dada por una causa espiritual, la cual no teniendo ninguna analogía con la materia, debería no encontrar dificultad así al mover el mundo como al mover un átomo.»

Para conocer las diversas opiniones acerca del origen, lugar y destino del alma, basta consultar á Montaigne (lib. II, cap. XII). (73).

¿A qué hilo asirse para salir de ese laberinto inexplicable?

Así como para explicar el nacimiento y el gobierno del mundo, precisa sustituir la voluntad caprichosa de una providencia por la inflexible fijeza de las leves generales, así también para explicar la inteligencia y el destino del hombre, hay que reemplazar la entidad metafísica del alma por la función fisiológica del cerebro. He aquí todo el secreto.

La creencia de que el cerebro es el asiento y

(73) Hay que consultar también entre los trabajos modernos, y para llegar hasta nuestra época, el cap. VII (*Historia de las teorías del alma*), del libro del filósofo escocés A. Bain, *Mind and Body*.

el órgano del pensamiento, como el ojo de la vista, la oreja del oído, los nervios del tacto, el estómago de la digestión, los pulmones de la respiración, el corazón de la circulación sanguínea, esta creencia, digo, explica todos los fenómenos y soluciona todos los problemas, sin ningún esfuerzo, con perfecta facilidad y una admirable lucidez. (74). Sentimos perfectamente que el pensamiento se *hace* en el cerebro, como la visión en el ojo, la audición en la oreja. «El hombre, dice Voltaire, piensa con su cabeza, así como camina con sus pies.» Sentimos también que el trabajo del pensamiento fatiga los lóbulos del cerebro como el trabajo de la marcha fatiga los músculos de las piernas, que «el pensamiento agota la substancia nerviosa tan infaliblemente como la marcha agota los músculos (75). (Doctor A. Bain). Al cerebro convergen todos los ór-

(74) Se trata de la parte que los fisiólogos llaman la *substancia gris periférica*. «Es, mientras está viva, dice Jorge Pouchet, el asiento de la inteligencia, de toda ciencia y de toda conciencia... La sabiduría y la extravagancia, todo procede de ella.» «La fisiología, dice igualmente Claudio Bernard, nos muestra que el cerebro es el órgano de la inteligencia lo mismo que el corazón es el órgano de la circulación, que la laringe es el órgano de la voz... Nos enseña que en los lóbulos del cerebro reside la conciencia ó la inteligencia propiamente dicha». *(Las funciones del cerebro)*». Consúltese el libro del doctor Julio Luys. *El cerebro y sus funciones*.

(75) Según el doctor Haughton, un trabajo cerebral de cinco horas gasta tanta fuerza como un trabajo muscular de diez horas, cual el de un pobre peón.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ganos, como igualmente toda la sensibilidad nerviosa, para transmitirle las impresiones de fuera, sin las cuales, privado como está de *ideas innatas*, no tendría ideas de ninguna especie (76).

«Los médicos, dice Saint-Beuve, están sujetos á ser materialistas, y los astrónomos á ser ateos. Es que los primeros tienen continuamente ante sus ojos el cerebro del hombre, mientras que los segundos no advierten en parte alguna el cerebro del mundo.»—«El alma, había dicho Descartes, no puede sufrir inmediatamente sino por el cerebro.» *(Pasiones del alma)*. Desde entonces Gall ha demostrado, contra Bichat, el glorioso fundador de la anatomía general y de la biología, que el cerebro y, no las vísceras, tales como el corazón, el hígado, el pulmón, las entrañas, es el asiento de los sentimientos, como de los pensamientos, y hasta de las pasiones, cuyo rechazo es lo único que sienten las vísceras. Su doctrina en este punto es hoy día aceptada por la ciencia médica. Es, pues, el cerebro, reconocido desde

(76) *Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu.* Condillac ha demostrado victoriosamente este aforismo después de Locke:

Probó, aunque ofendiendo á la Sorbona,
Que el buril de los sentidos grava en nosotros el pensamiento:

y La Mettrie, antes que Condillac, resumía así en su *Historia natural del alma*: «Fuera los sentidos, fuera las ideas;—cuanto menos sentidos, menos ideas;—poca educación, pocas ideas;—sin sensaciones recibidas, fuera ideas;—el alma depende esencialmente de los órganos del cuerpo, con los cuales se forma, crece y decrece».

luego como órgano central de la voluntad y del entendimiento, el que, por medio de los siete pares de nervios cruzados en el cuello, envía sus órdenes á los miembros obedientes (77). El cerebro no tendría en nuestro organismo ni función, ni objeto, ni sentido, sería, como se ha dicho, «un ser de razón sin razón de ser», si no produjera el pensamiento (78). La inteligencia nace con él, se desarrolla con él, con él se altera y con él se extingue.

....Gigni pariter cum corpore, et una
Crescere sentimus, pariterque senescere mentem.

(Sentimos que el alma crece al mismo tiempo que el cuerpo; sentimos que crece y que envejece al mismo tiempo que él.)

Ergo mortalem esse animam fateare necesse est.

(Hay que confesar, pues, que el alma es mortal.)

(Lucrecio.)

Contra esta afirmación de que el cerebro es el órgano del pensamiento, he oído entre otras muchas, una objeción especial, la cual merece que nos detengamos en ella. Parece tal vez que pro-

(77) Hoy puede calcularse, por fracciones de segundo, el tiempo que dura una operación del cerebro, es decir, un juicio de la inteligencia y una acción de la voluntad, á saber, la transmisión de una sensación exterior por los nervios sensoriales, y la transmisión de una orden de obrar determinada á los músculos por los nervios motores. Es lo que se llama una *acción refleja*.

(78) Broussais ha dicho brutalmente: «El pensamiento es una secreción del cerebro».

cede de personas desprovistas de ciencia trascendente; pero precisamente á estas personas me dirijo, á las que no son más sabias que yo, á las que se atienen, como yo hago, á la filosofía del buen sentido.

«¿Cómo explicáis, me han preguntado, que aún con todos sus hemisferios, todos sus lóbulos, todas sus circunvoluciones, en fin, todos sus *laberintos*, como dice La Fontaine, pueda bastar el cerebro á las innumerables operaciones que suponen esas antiguas divisiones de la inteligencia, la memoria, la imaginación, el juicio, y las sensaciones diversas que se reciben, y las voluntades múltiples que se expresan, y todas las funciones, en suma, que se atribuyen comúnmente al alma inmaterial?»

Para responder con claridad á esta pregunta, y resolver esta dificultad más aparente que real, es necesario tomar un punto de comparación en el dominio puramente fisiológico, donde ninguna sombra de psicología pueda obscurecer la verdad. Escojamos el sentido del oído. Se reconoce y admite que la naturaleza es absolutamente muda, como es sorda; que ningún ruido existe por sí mismo, y que todo lo que se llama ruido ó sonido se hace solamente en la oreja de los hombres y de los animales, así como la sensación de la luz y de los colores no es más que

ejemplo, se dispara un cañonazo, no produce el menor ruido, pero rechaza violentamente todo el aire de su alrededor, y el movimiento del aire rechazado por la explosión de la pólvora constituye lo que se llaman las vibraciones ú ondas sonoras, que van á dar á lo lejos, con fuerza y tiempo relativos á la distancia, en la oreja de los seres vivientes. Allí únicamente producen lo que se ha convenido en llamar el ruido del cañón. Entre este sonido enorme, entre un trueno y el más ligero roce del ala de un insecto, hay matices infinitos, que, proviniendo siempre de la conmoción impresa al aire, se hacen percibir y comprender por el tímpano de la oreja, donde descansa el sentido del oído, como en el ojo y sus partes descansa el sentido de la vista; de suerte que el nervio auditivo y el nervio óptico no tienen que hacer otra cosa que transmitir al cerebro las sensaciones percibidas por la oreja y por el ojo. Para precisar mejor voy á penetrar un momento en el arte de la música. Dan una misma nota el violín, el contrabajo, el cornetín, el clarinete, una voz de hombre, de mujer, de adulto ó de niño. Aunque sea la misma nota, completamente igual en el papel reglado, la oreja reconoce al punto qué instrumento ó qué voz la ha emitido. A eso se llama la diferencia de los *timbres*. Merced á la misma facultad, á favor de